

Palmar Álvarez-Blanco y Toni-Dorca. *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010): Un diálogo entre creadores y críticos*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2011, 318 páginas

Con una “Presentación” inicial de Toni Dorca (13-18) y una “Introducción” de Palmar Álvarez-Blanco (19-31) se presenta este libro, que desea señalar las directrices de la narrativa actual española, entre una perspectiva nostálgica, que Dorca atribuye a “la cultura de bienestar” (13) y la contestataria, que la desmantela y la pone en crisis. Su justificación de poner, en el tapete de la cartografía española, las diferencias regionales y postcoloniales, sí que puede tener ser cuestionada por la historiografía, pero merece el respeto de plantearse, para que sea discutida fuera del secuestro de un “nacionalismo identitario” (14), indica. Por lo pronto, Dorca observa una tendencia muy marcada hacia la representación del pasado con novelas históricas, la reescritura de la Guerra Civil, a la par de un ensimismamiento y relatos muy personales, con problemas tan candentes como la globalización o el punto de vista femenino. Por su parte, Álvarez-Blanco explica lo que los coordinadores plantean como “contornos” en el título del libro para acercarse a un campo ficcional, rico en su geografía y en sus deslindes, con el fin de que la ubicación temporal les brindara la posibilidad de profundizar en una década, 2000-2010, bajo esta dicotomía que les sirve de hipótesis de base: narrativa nostálgica o contranostálgica (22). Con la vivencia de lo finisecular y de la retórica de la apertura, el “trance de la experiencia de un final” desemboca en la necesidad de hacer un balance, de visualizar los límites para que surjan dos principios complementarios: complementariedad/ transicionalista (23). Álvarez-Blanco explica este par en función de la nostalgia y el punto de vista temporal que ello implica, porque el duelo incide en la incidencia de un trabajo supletorio de la escritura, mientras el ejercicio de la memoria desmantela y pone en crisis los límites de la ficción, del sujeto y de la propia historia.

El libro se divide en dos bloques, porque el diagnóstico de ese balance no solo compete a los críticos (esos lectores siempre privilegiados que muestran sus gustos y afinidades) sino también a los autores, en un tiempo en que el campo literario demanda, a partir de esas reglas del arte y de su espectáculo, el mercado y el entretenimiento en el que la literatura emerge. El primer bloque remite a los críticos (33-237); es la parte más prolija del libro. Comienza Ramón Acín con un estudio con referencias muy generales al mercado del libro y a una sociología del lector, para plantearnos las encrucijadas de la era cibernética y los monopolios editoriales (35-43). Destacan los trabajos panorámicos y que abordan algunas directrices críticas para abordar el conjunto de esta década. Txetxu Aguado lo hace a partir del concepto de “memoria emocional” (47), que no define, para acercarse a un pasado conflictivo y de secuelas, cuya reconstrucción es empática, porque desde la Transición Española su aprehensión se cataloga aún de poca satisfactoria en Alberto Méndez (45-53). Palmar Álvarez-Blanco se dirige a plantear los retos de la sociedad de bienestar ante el fenómeno de la inmigración y los replanteamientos que escritores como Najjar El Hachmi, Isaac Rosa realizan (55-65). Una perspectiva colonial utiliza Adolfo Campoy para realizar un rápido y breve inventario de la literatura española del Magreb saharauí en tanto fenómeno de la periferia; son simplemente unas notas sin ningún desarrollo (67-74), mientras que Margarida Casacuberta hace lo propio con la catalana, a la que agrega la escrita en Valencia, para ofrecer su listado de nombres y tendencias. Más amplio que el anterior sirve de pistas para quien quiera profundizar (75-89).

Por su parte, Toni Dora (91-99) aborda cómo un acontecimiento concreto, el 2 de mayo, que forma parte del imaginario colectivo español, incide en una narrativa histórica

que aprovecha el acto de conmemoración histórica (98); analiza casos concretos como los de José Luis Olaizola con el recurso de lo autobiográfico, o el de Arturo Pérez Reverte con una técnica de reportaje que acude a una focalización múltiple. Sobre la guerra civil, aparecen dos artículos, el de Sebastiaan Faber plantea la afiliación como manera de acercarse al evento con solidaridad e identificación compasiva (101-110), de un compromiso que se asume voluntariamente (103) y propone muestras en Álvaro Carrión, Javier Marías o Dulce Chacón. Antonio Gómez López-Quiñones plantea la pertinencia del debate sobre la memoria histórica (111-119), cuando este se erige como “deber de” y da voz a los últimos testigos de la contienda; también analiza el peligro de unas textualidades (cine, ensayo y literatura) que “construyen un imaginario de la guerra bienintencionado pero, en el fondo, conceptualmente pobre” (116). Estas terminan por buscar una reacción emotiva con la figura de la víctima o ponen el recuerdo de la guerra en un tiempo ahistórico y míticamente no alcanzable; interesantes coordenadas de lectura que no se explicitan en ejemplos concretos de análisis. A la luz de lo anterior, Germán Labrador Méndez apunta hacia esa coincidencia que encuentra entre el estilo y el referente histórico en Isaac Rosa, para quien el sentido ético del relato demanda un tono y una verosimilitud acordes a esas experiencias dolorosas o traumáticas (121-130); se trata de cuestionar “las formas de ficcionalizar el pasado” (123) porque, de lo contrario, se continuaría haciendo un relato hegemónico de este, de naturalizarlo, sobre todo a partir de las abundantes formas melodramáticas, frente al rigor archivístico y la documentación histórica.

Annabel Marín parte de que, para analizar la realidad vasca, Bernardo Atxaga y Julia Otxoa se han posicionado frente al lenguaje de una sociedad vasca, “dominada por modelos identitarios carentes de autocrítica” (135), con una postura contrahegemónica que expone una ética de reconciliación y una pedagogía de “remiendos” (132). Se trata de luchar contra esa imagen armoniosa, unitaria y falsa del conflicto identitario en Otxoa y, por otro lado en Atxaga contra la herencia y transmisión del conflicto político y su falta de reposicionamiento (131-139). Como postura de estos escritores en sus ensayos, Marín esboza su agenda política, pero no hace ningún análisis textual con miras a observar su adecuación textual. Lo anterior, tal vez permite plantear la inclusión de un ensayo sobre Roberto Bolaño en tierras de su exilio español, para que Alberto Medina aborde la cuestión de la globalización cultural, las peripecias del escritor latinoamericano ante el monstruoso y hegemónico mundo editorial español, las fortunas del escritor ante lo que, para Medina, es un desarraigo y una reconstrucción personal con fines de posicionarse en el gran mercado simbólico del mundo (141-150). Encontramos luego, el artículo de Cristina Moreiras-Menor sobre la narrativa gallega, en el cual reflexiona sobre la identidad en tanto lugar para observar las diferencias (151-161); Galicia se caracteriza por poseer una “localización dislocada” (154), para que se interroguen sus desplazamientos que producen “morriña”. Ello incide en la manera de caracterizar al gallego como ser fronterizo, de movilidad y transformación, aunado a la cuestión del afecto que se dimensiona en todos los órdenes de la vida cultural. Moreiras-Menor ve en la narrativa contemporánea los trazos de unos relatos que hablan de la dispersión y del movimiento del exilio (forzado o económico), de apego a la tradición y al entorno de la emigración. Continúa Nuria Morgado con un trabajo sobre Enrique Vila-Matas y su relación con el filósofo Schopenhauer (163-174); parecería a simple vista mal situado en el orden del libro, pero Morgado lo que le interesa analizar, a partir del caso del citado escritor, es la tendencia hacia el pluralismo o hibridismo narrativo. Esa capacidad de narrar, de inventar ficciones, la atribuye Morgado a la expectativa de “descifrar el juego de

espejos en el que la escritura esconde su trampa y su verdad” (165) y, para ello, remite a la idea schopenhaueriana de la “representación”, visión que realiza el artista para que se condense la idea, que Morgado ve en esa “catedral metaliteraria” creada por Vila-Matas en su confluencia entre estética y ética. El artículo de Mari Jose Olaziregi se acerca a la narrativa vasca en tanto fenómeno minoritario que implica abordar el bilingüismo y la conciencia de identidad local; sin embargo, en lugar de dedicarse propiamente a la significación del estatuto de autonomía y a la última narrativa del país vasco, hace un recuento que permite contextualizar su ubicación, perdiendo espacio para detenerse restringidamente en las directrices del libro (175-188). Señala la primacía de la novela en el mercado editorial, la eclosión de la novela intimista o poética a partir de los años 70, para subrayar la importancia del género policiaco y de la narrativa que deconstruye eventos históricos o políticos tales como la guerra civil con los casos de Ramón Saizarbitoria y Bernardo Atxaga, además de hacer un breve vistazo por el cuento con el caso del mismo Atxaga.

Por su parte, Edurne Portela escoge una perspectiva transatlántica para comparar novelas argentinas y españolas en relación con los desaparecidos de los conflictos armados (189-197). Escoge *El vano ayer* (2004), de Isaac Rosa, y *Los topos* (2008), del argentino Félix Bruzzone, con el fin de plantear el tema del dolor, la violencia y la represión dentro de una memoria herida y nunca trivializada, con lo cual se cuestiona con ironía las verdades absolutas y se satiriza “la heroicidad de los represaliados” (191). Excelente análisis hace Edurne Portela, para que sus planteamientos iniciales se lleven con pertinencia a buen puerto. A la cuestión editorial le dedica José A. Saval unas notas (199-206) en las que resalta la primacía de lo comercial sobre otras valoraciones de calidad literaria, así como la impronta del libro cibernético y la edición digital. En ese auge de otras formas de medialidad, Steven Torres analiza las adaptaciones literarias al cine (207-218). Como en el artículo de Olaziregi, Torres realiza un balance de las relaciones cine y literatura en el ámbito español del siglo XX, para dedicar una página a una rápida pincelada por algunas de las últimas transposiciones literarias de la década en cuestión. El artículo no se ajusta a las expectativas del libro. Sí lo hace Carmen Urioste, quien realiza un elenco de escritoras españolas del nuevo milenio; el “recorrido” ofrecido es exhaustivo, hace calas críticas y de orden argumentativo sobre aquellas en las que desea Urioste resaltar algún rasgo especial. Termina este bloque Dolores Vilavedra con un trabajo dedicado a las narradoras en lengua gallega, dentro de las que estudia a María Xosé Queizán, la más conocida, junto con Teresa Moure, un valor en ascenso (229-237). Vilavedra se interesa por dejar constancia de esas escritoras que en los años 80 se convierten en pioneras por su activismo político y voluntad de autoría entre las que se destacan Marina Mayoral, Úrsula Heinze o Margarita Ledo, junto con Xohana Torres o Carmen Panero.

Cierra el último bloque del libro con la voz que se ofrece a los creadores y no podría ser así por cuestiones de mercado de editorial, de importancia de la figura autorial del escritor o porque, como indicaban los compiladores del libro al inicio, ellos ofrecen una reflexión que debe ser escuchada, sobre todo en un campo literario todavía muy sujeto a su función estelar y mediática (239-312). El elenco y sus enfoques acerca de la vida y las tareas del escritor son muy variados. Y participan autores más conocidos con otros que no lo son tanto para que el inventario sea el más oportuno y el más vario-pinto posible, ya que no hay ni una temática determinada ni un guión que sirviera de agenda para oponer/contrastar/encontrar similitudes o diferencias; ellos son por el mismo orden alfabético de aparición: Óscar Aibar, Xurxo

Borrazás, Juan Cobos Wilkins, Najar El Hachmi, Laura Freixas, Miquel M. Gilbert, J. A. González Sains, Belén Gopegui, Miquel Mena, José María Merino, Rosa Montero, Gonzalo Navajas, Antonio Orejudo, Julia Otxoa y José Ovejero.

Jorge Chen Sham
Universidad de Costa Rica
Academia Nicaragüense de la Lengua
Academia Norteamericana de la Lengua Española

Magdalena Chocano, William Rowe y Helena Usandizaga (Eds.). *Huellas del mito prehispánico en la literatura latinoamericana*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2011, 439 páginas

Este libro es de una pertinencia y de un desarrollo argumental que los estudiosos del mito y sus repercusiones en la literatura latinoamericana deben leerlo. En su “Prólogo” (9-20), los editores plantean la necesidad de la configuración del mito en tanto relato que debe analizarse hacia los órdenes perceptivo, cosmológico y simbólico. Comienzan ellos analizando la raigambre del mito en las culturas indígenas; se trata de desarrollar una “hermenéutica crítica para hacer visibles las prácticas socioculturales, las narrativas y las imágenes indígenas” (10). Con este objetivo en tanto agenda ética y política, el discurso del mito ya desborda el rechazo logocentrista y eurocéntrico, para ubicarnos en las funciones cognoscitivas y estéticas de la utilización, apropiación, recreación o comentario de los materiales míticos (esas son las perspectivas y el tratamiento que los participantes del volumen escogen). Por otro lado, explican los editores, el concepto de mito debe servir, en estos tiempos de fragmentariedad posmoderna, a facilitar y a promover el estudio de “procesos transculturales” (10) y los discursivos estéticos que escogen para su representación.

El libro está dividido en apartados para una mejor convergencia temática. El primero, con el título de “Aperturas y panoramas” (21-125) reúne los trabajos más extensos, en donde el mito pre-hispánico encuentra su asidero en las cosmovisiones y en las actitudes culturales. Por ejemplo, Luce López-Baralt se decanta por el estudio de los mitos fundaciones en el *Canto general* (1950) de Neruda, para que la voz poética sea guía y se revele el mito de Inkarrí; apunta ella que esta perspectiva descolonizadora en Neruda también se encuentra en otros escritores de la primera parte del siglo XX. En un trabajo fascinante y ameno sobre la representación de lo indoamericano y afroamericano, que se inaugura en la Exposición Universal de París de 1889, Martín Lienhard descubre las implicaciones del primitivismo en las vanguardias y en la configuración de un nacionalismo tanto en México como en Cuba. Por su parte, Astvaldur Astvaldsson parte de la preeminencia de que para las sociedades autóctonas los objetos simbólicos son “aparatos mnemotécnicos” (72) que organizan la tradición oral y la inscriben geográficamente hablando, para que su repertorio funcione de forma social y cognitiva. Así el conocimiento se registra en relatos orales con un significado más profundo y espiritual, en los cuales el paisaje y el entorno marcan para significar su relación con el mundo natural y sensible, lo cual Astvaldsson analiza en la necesidad de analizar otros materiales etnográficos tales como los textiles o las tradiciones orales y lo ejemplifica en la obra del salvadoreño Manlio Argueta. William Rowe introduce la reflexión sobre la especificidad de la